

Libros del Asteroide



**Diana Athill**

# Ahora que se acerca el final

Traducción de Regina López Muñoz



*It ain't no sin  
To take off your skin  
And dance about  
In your bones.\**

EDGAR LESLIE

\* No es pecado / quitarse la piel / y arrancar a bailar / en huesos vivos.

Cerca del parque al que da mi dormitorio se ha mudado una familia que tiene cinco o seis carlinos, unos perrillos activos que no manifiestan ningún síntoma del sobrepeso que caracteriza a su raza. Hace poco los vi durante su paseo matinal y se me encogió el corazón. Siempre he querido tener un carlino y ahora ya no puede ser, porque es una injusticia comprar un cachorro cuando una está vieja para sacarlo a pasear. Existen los paseadores profesionales, cómo no; pero lo mejor de tener perro es salir con él, compartir su entusiasmo cada vez que detecta las señales de un paseo inminente y también su alegría cuando le sueltas la correa y puede triscar por el césped, sin dejar de lanzar jubilosas miradas de vez en cuando para asegurarse de que no has desaparecido. Aunque el perro que ya tenemos es tan viejo en años caninos como yo en humanos (tengo ochenta y nueve) y no reclama más que el breve garbeo que aún puedo concederle, disfruto observando a las mascotas ajenas entregadas a sus placeres.

Me crie rodeada de perros, por lo que me desconciertan las personas que les tienen aversión. Llevan tanto tiempo domesticados que convivir con nosotros es para

ellos tan natural como la selva lo es para el tigre. Se han convertido en el único animal cuyas emociones somos realmente capaces de sondear, emociones que se asemejan a las nuestras excepto en su simplicidad. Cuando un perro está ansioso, disgustado, hambriento, intrigado, contento o cariñoso nos permite ver en su forma más pura estados de ánimo que nosotros mismos conocemos, aunque en nosotros los distorsionen las complejas añadiduras de la humanidad. Perros y seres humanos se reconocen a un nivel profundo y sin complicaciones. Me encantaría reiniciar ese proceso con un carlino chiquito de cara aterciopelada y negra, pero no. No va a poder ser.

Y hay otra cosa más que no puede ser y que ha quedado patente esta mañana. Había visto en el catálogo de plantas de Thompson & Morgan una fotografía de un helecho arborescente que costaba dieciocho libras esterlinas, un precio más que razonable para algo tan exótico. Hace unos años me enamoré de los helechos arborescentes en los bosques de Dominica y desde entonces he sabido que pueden —ellos o sus primos— sobrevivir en jardines ingleses, de modo que llamé por teléfono para encargar uno de los del catálogo. Ha llegado hoy. Evidentemente, yo sabía que no iba a recibir un árbol maduro como el de la fotografía, pero esperaba un paquete de ciertas dimensiones, quizá incluso una entrega por mensajería especial. Lo que ha llegado, por correo ordinario, ha sido una caja de menos de treinta centímetros de alto que contenía una maceta de siete centímetros de la que apenas empiezan a brotar cuatro hojillas enclenques. Si los helechos arborescentes medran rápidamente o todo lo contrario es algo que ignoro, pero aunque lo hagan a toda velocidad no será posible que yo llegue

a ver a este ejemplar desempeñando el papel que había imaginado para él en nuestro jardín. Lo trasplantaré a otro tiesto con este fin y lo cuidaré todo lo que pueda con la esperanza de que alcance un tamaño adecuado para plantarlo en el jardín, pero, por muy virtuoso que se considere plantar con vistas al futuro, no me resulta nada gratificante. Se me viene a la memoria una expresión que solía utilizar Jean Rhys, a menudo referida a momentos de borrachera: «Estaba un poquito borracha; bueno, mucho». Rhys nunca dijo «Estaba un poquito *triste*; bueno, mucho» aludiendo a la vejez, pero no me cabe duda de que lo habría hecho si no hubiese detestado y temido la ancianidad lo suficiente como para no hablar nunca de ella.

Jean ha sido para mí un ejemplo práctico, la demostración viviente de cómo esquivar la reflexión sobre la vejez. La mera perspectiva de la senectud la llenaba de resentimiento y desesperación. A veces anunciaba su provocador plan de teñir de rojo encendido su bonito cabello gris, pero nunca pasó a la acción; no tanto, me parece, por el sensato motivo de que le habría conferido un aspecto grotesco como porque carecía de la energía necesaria para llevar a cabo la operación. A veces —muy raras veces—, el alcohol la hacía sentirse mejor, pero casi siempre la volvía gruñona y quisquillosa. Contaba con que la vejez la amargaría, y eso fue lo que pasó, si bien una vez que estuvo sumida en ella Rhys expresaba su amargura quejándose de otras cuestiones de menor importancia, pues la principal era demasiado imponente para abordarla; en cualquier caso, en una ocasión me confió que mantenía a raya el pánico gracias a su kit de suicidio. Llevaba años dependiendo de los somníferos para

dormir y había acumulado un cuantioso alijo en el cajón de su mesilla de noche, en previsión del día en que las cosas se pusieran más feas de la cuenta. Y sí que se pusieron feas, pero después de su muerte examiné aquel cajón y el alijo seguía intacto.

Mi segundo gran ejemplo práctico lo encarnó el escritor de origen búlgaro y premio Nobel Elias Canetti, cuyo empeño en porfiar a la muerte resultaba más ingenuo que el desaliento de Jean. Canetti le tenía un respeto muy centroeuropeo a la construcción de sistemas de pensamiento abstracto ante lo inexplicable, incompatible con la mentalidad de muchos ingleses, que lo llevó a sobreestimar sus propias ideas hasta el punto de publicar dos volúmenes de aforismos. A Canetti no llegué a conocerlo en persona, pero sí supe de esos libros porque los publicó André Deutsch Ltd., la editorial en la que yo trabajaba. Durante los largos años que pasó en este país como refugiado de la Alemania nazi, Canetti desarrolló tal inquina contra los británicos —creo que porque no supimos reconocer su genio (el Nobel aún estaba por llegar)— que decidió no publicar jamás en nuestro país. Sin embargo, Tom Rosenthal, que asumió el mando de la editorial hacia el fin de su trayectoria, le había hecho en una ocasión un favor que Canetti no había olvidado, de modo que finalmente accedió a que publicásemos su obra, con la condición de que empezáramos por los dos tomos de aforismos y siguiéramos al pie de la letra las ediciones estadounidenses, a las que él había dado su visto bueno, incluidos los textos de la contracubierta. Esto dejaba a su editora de mesa británica (o sea, yo) sin nada que hacer salvo leer los libros; suficiente para sacarme de quicio. Muchos de los aforismos

eran concisos, y algunos bastante ingeniosos, pero, en conjunto, ¡qué pomposidad, qué prepotencia! La gota que colmaba el vaso era cuando sus ideas se volvían disparatadas y declaraba —lo hacía en varios de aquellos fragmentos— que él «rechazaba la muerte».

Más adelante conocí a una examante suya, la pintora austriaca Marie-Louise von Motesiczky, una octogenaria que capeaba la edad con donaire a pesar de los muchos dolores que sufría a resultas de un herpes grave y a pesar también de una historia vital que fácilmente podría haber acabado con ella. Merece más atención que la de un comentario de pasada.

La conocí por puro azar. Mary Hernton, una amiga que buscaba habitación de alquiler en Hampstead, me contó que había encontrado una espléndida en casa de una señora mayor extraordinaria. La habitación, por más espléndida que fuera, no era lo que Mary necesitaba, pero la anciana le había causado tal impresión que mi amiga la invitó a tomar el té y quiso que yo la conociera también. ¿Qué era lo que la hacía tan excepcional? Ya me daría cuenta cuando me la presentara, y de todos modos Mary pensaba que había sido amante de Canetti; tenía la biblioteca llena de libros que habían sido de él, y la habitación de marras también la había ocupado Canetti. Me sumé a aquella reunión y a mí también me dejó muy impresionada Marie-Louise. Era divertida, cariñosa, encantadora e indiscreta. Cuando supo que había publicado a Canetti se emocionó mucho, ignorando el hecho de que yo no lo había conocido, y no tardó ni diez segundos en contarme que habían sido amigos y amantes durante más de veinte años, hasta que ella se enteró de que Canetti tenía esposa y una hija. Resulta-

ba inverosímil, se hacía cargo, pero es que había llevado una vida muy retirada, cuidando de su madre, que había llegado con ella a Inglaterra desde Viena justo antes de que Hitler invadiera Austria (formaban parte de una acaudalada y distinguida familia judía). Por lo visto, el aislamiento impidió que Marie-Louise tuviera noticia de la existencia de las muchas otras mujeres de Canetti: en ningún momento me dijo nada que evidenciara que sabía de ellas, solo que el descubrimiento de que era un hombre casado puso un fin abrupto y doloroso a su relación. Cuanto más me contaba, más me parecía que entre Canetti y su madre —fallecida hacía poco a una edad muy avanzada— habían consumido la vida de Marie-Louise hasta sumirla en un vacío... solo que no se percibía una sensación de verdadero vacío en ella.

Mary me había contado que se barruntaba que Marie-Louise pintaba, pero poco después fui a visitarla a la gran casa que tenía en Hampstead, repleta de objetos y cuadros interesantes, y no me pareció distinguir nada salido de su mano. Sin embargo, cuando hizo una alusión de pasada a su obra le pregunté si podía enseñarme algo. Formulé mi petición con nerviosismo —mucho—, porque no hay nada más embarazoso que ver unos cuadros que resultan ser un horror. Me guio hasta su dormitorio —aquello no pintaba nada bien—, una estancia amplia de techos altos. Abrió el inmenso armario empotrado que ocupaba una de las paredes y aparecieron montones de baldas abarrotadas de lienzos. Sacó dos; me quedé estupefacta.

Aquella ancianita dulce, divertida y frágil era, efectivamente, pintora, una auténtica artista que no tenía nada que envidiarles a Max Beckmann y a Kokoschka. No fue

tarea fácil optar por una reacción, pues no podía soltarle: «Dios santo, ¡sí que es usted pintora!», y en cambio, si daba por descontado su talento, cualquier comentario sobre su trabajo podría resultar impertinente. No recuerdo lo que le dije finalmente, pero debí de salir airosa, porque a partir de aquel momento siempre se mostró encantada de hablar conmigo de su obra, cosa que le agradecí. Era fantástico conversar con Marie-Louise sobre pintura, lo que explicaba por qué no había ni rastro de sensación de vacío en ella. Ella era un gran ejemplo práctico acerca de la suerte elemental que tienen las personas que poseen la capacidad innata de hacer cosas, independientemente de las adversidades que les salgan al paso.

Había, no obstante, un motivo de preocupación, pues ¿qué hacían esos cuadros languideciendo en el armario de un dormitorio? Resultó que dos o tres de sus obras formaban parte de sendas colecciones públicas europeas y que recientemente le habían dedicado una exposición en el Goethe-Institut; pese a todo, no dejaba de ser una situación ridícula de la que una no podía evitar culpar en gran medida tanto a Canetti como a la madre de la artista. Ambos la habían canibalizado, Canetti con su arrogancia, la madre mediante su dependencia. (Me contó que en una ocasión avisó de que iba a estar fuera veinte minutos para comprar algo que les hacía falta y su madre empezó a gimotear: «¿Y qué hago si me muero antes de que vuelvas?».) En cualquier caso, puede que a la renuncia de Marie-Louise a formar parte de la escena artística también contribuyera el hecho de que, durante los años que había pasado en Inglaterra, el expresionismo alemán —con el que entoncaba su obra— hubiese gozado de poca estima.

Mi preocupación no tenía razón de ser. Por más que sus dos amores se hubieran aprovechado de ella, Marie-Louise era una hábil manipuladora de todos los demás. En cuanto le presentaban a alguien, sistemáticamente empezaba a pedir ayuda. ¿Le podías recomendar un buen dentista, un fontanero, una modista? ¿Le podías echar una mano con la declaración de la renta? Siempre dando a entender que eras su única esperanza. Tardé lo mío en caer en la cuenta de que una parte considerable de la población de Hampstead comía de su mano y que por tanto la compasión estaba de más; y, cuando la conocí, un joven amigo suyo llamado Peter Black estaba a punto de convencer a una gran galería vienesa, la Belvedere, para que le brindara a Von Motesiczky la gran retrospectiva que merecía. Yo le eché una mano escribiendo diplomáticas cartas cuando no le complacieron las descripciones que habían incluido en el catálogo, lo que me valió una invitación a la inauguración. (Otra tarea más satisfactoria que asumí fue la de interceder para que nuestra National Portrait Gallery cambiase de opinión y aceptara el retrato que Marie-Louise había pintado de Canetti. Le habían respondido con total frialdad que no estaban interesados en retratos de personas anónimas, y —aunque está feo que lo diga yo— la misiva en la que expliqué quién era Canetti sin poner en evidencia la ignorancia de mis interlocutores fue una obra maestra. Ojalá hubiese conservado una copia. En sus salas cuelga ahora el retrato.)

La retrospectiva en Viena fue un momento extraordinario. Ver aquellas obras en el lugar que les correspondía fue como observar a unos animales que habían vivido cautivos en las jaulas de un zoo liberados en su hábitat

natural. Estoy convencida de que Marie-Louise se resistía a dejarse complacer por nada de lo que su ciudad natal hiciese por ella (allí habían asesinado a su adorado hermano, que se había quedado para ayudar a otros judíos), pero, aunque manifestó cierta insatisfacción con algunos detalles, no pudo disimular lo encantada que estaba en general.

Una de las últimas veces que nos vimos antes de que falleciera, le pregunté si Canetti hablaba en sentido literal cuando declaraba que no aceptaba la muerte. Ya lo creo, me dijo. Y confesó que hubo un tiempo en que ella misma se había sentido tan fascinada por el poder de su personalidad que se había permitido pensar: «Quizá se salga con la suya y sea el primer ser humano que no muere». Se echó a reír al contarlo, pero era una risa un tanto trémula. Creo que seguía viendo la actitud de Canetti como algo heroico.

Para mí era una sandez como la copa de un pino. Es más que obvio que la vida funciona en términos de especie y no de individuos. El individuo solo ha de nacer, desarrollarse hasta estar en condiciones de procrear y luego rendirse a la muerte con el fin de dejar sitio a sus sucesores, y el ser humano no constituye una excepción, nos pongamos como nos pongamos. Sin embargo, nos las hemos ingeniado para prolongar tanto el declive que a menudo este es más largo que el desarrollo, por lo que vale la pena considerar qué ocurre en ese periodo y cómo gestionarlo. Se ha escrito un sinnúmero de libros sobre la juventud, y más aún sobre las complejas y arduas experiencias que se concentran en torno a la procreación, pero no abunda el material sobre el declive. Como estoy muy metida en ello —y ya se han encarga-

do de recordármelo los carlinos y los helechos arborescentes—, me he dicho: «¿Por qué no intentarlo?». Así que allá vamos.

Libros del Asteroide

En toda la década de mis sesenta años no me abandonó la impresión de que aún andaba a tiro de piedra de la madurez, no del todo a salvo en sus orillas, tal vez, pero sí navegando sus aguas costeras. Mi septuagésimo cumpleaños no llegó a alterar esta percepción porque me las arreglé para obviarlo; sin embargo, con los setenta y uno sí que cambió todo. Tener «más de setenta» era ser una anciana: encallé de repente en esta realidad y me percaté de que había llegado el momento de calibrarla.

He vivido el tiempo suficiente para haber presenciado grandes cambios en la forma de envejecer de las mujeres —más discretos en el caso de los hombres, pero porque en su caso eran menos necesarios—. En tiempos de mi abuela, una septuagenaria adoptaba poco menos que un uniforme. Si era viuda, vestía de negro o de gris, atuendos por lo demás ajenos a las modas; y aun en el caso de que el esposo viviera, el armario se volvía un pelín apagado y amorfo, como para dejar constancia de que su dueña ya no se proponía resultar atractiva. Mi abuela paterna, que era la mayor de las dos, usó hasta el día de su muerte prendas negras hasta el suelo y un tocadi-